

La vida de nuestra revista continúa desarrollándose sin que decaiga un minuto la fuerza propagandera de nuestro espíritu y sin que el público nos abandone. Por el contrario, tuvimos que aumentar el tiraje en dos mil ejemplares. Apesar de este triunfo aparente, no tardamos en comprender que estábamos condenados a irreversible sacrificio. Esto que parece el progreso en materia periodística una pequeña risueña, es una evidente tragedia para el que conoce el oculto mecanismo de la prensa de nuestros días.

Los diarios y revistas se venden a precio muy inferior a su valor intrínseco, en papel e impresión. Un rotativo que en 1917, época a que se refiere mi narración, vendía ⁷¹² el día a \$0,30, - al Harcario, La Nación, - costaban al editor ochenta centavos a un peso.

entonces, todo diario iría a una ruina cierta - esclama el profeta.- ¡que

En realidad sería así, a no mediar una compensación que sirva para costear el exceso del valor de la impresión y aun, para dejar una pínigle utilidad a sus propietarios: el anuncio, el aviso de propaganda que llena gran parte de diarios y revistas. El aviso es el sustento que nutre al organismo de la prensa. El comercio que organiza la propaganda de los productos que desea vender, es el verdadero sostenedor de toda publicación. Nuestro editor y administrador no conocía este resorte oculto de su negocio, retentó subir el precio de la revista. Nuestros leñidos ven que sería un error tan determinante de la ruina. Aumentar el precio de una revista nueva, significa disminuir en igual proporción la venta y, por consiguiente, encoquecer el valor de la unidad y alejar al avisador con mayor razón, puesto que lo que él busca es la producción de su propaganda. El único medio para evitar la caída de "Virus y Lepis" consistía en buscar un agente de avisos que fuera capaz de atraer, con su prestigio y su conocimiento del comercio, los anuncios de propaganda que saldanan nuestro déficit. Ese agente tan necesario no se encontró, o si éllos con él exigía condiciones tan locas como que hubiese sido igual que regularle nuestro trabajo, la revista, y algo más anexo.

Después del séptimo día se nos notificó de que nuestro expediente estaba dispuesto a correr la tela a corto plazo. Expresé que estaba perdiendo mas de cuatro mil pesos (mas considerable en aquella época, equivalente, mas o menos, a ochenta mil pesos del valor actual de la moneda) y que no estaba dispuesto a gastar sino unos dos mil pesos mas. Se pudieron menos que reconocer que tenía toda la razón de mi parte.

Con esta expectativa decodó nuestro entusiasmo. Seguimos en la tarea, pero con esa tristeza de los enfermos que conocen la proximidad de su fin: muerto. El único que no se abate ante nada era nuestro Martín. Vivía en un mundo estratocéfico de extraordinaria e inútil laboriosidad cerebral. Soñó de un sistema sin finalidad, ordenaba sus papeles y proyectaba escribir artículos desoladores contra el clasismo y los científicos. Para él el clasismo chileno estaba encarnado en Manuel Lillo y en el Ateneo de Santiago. Doctores corrompidos y lo dejamos hacer, seguro de que sus dardos no saldrían jamás de su arco, tango, pero desprovisto de fuerza potencial. El único que respondía a sus invectivas era el dibujante, Cristóbal Fernández. Sostenían interminables discusiones sobre la proximidad de sus respectivos labores artísticos.

-El dibujante, - opina el Marqués, - debe estar subordinado a la Redacción. El redactor representa la idea, el dibujante es el mensajero que ilustra su lenguaje gráfico...

-¡Yo?... Yo, subordinado a tí!... Déjame que me ríal... ¿Y qué idea vas a darme tú? a mí?

En una ocasión tuve que abandonar la revista durante una semana. Naturalmente, quien se gufa a cargo de todo el trabajo era Daniel de La Vega, entonces secretario. Pero Martín se declaró director suplente y se convirtió en diáspora insubstituíble de todo el servicio.

-¡Ahora! -declamó retrocediendo las manos, dirigiéndose a Cristóbal Fernández.- ¡Ahora
si que estaré bajo mis tacos!... ¡plantamos indomitos!... ¡guitarrista de los pinceles!... ¡Venos
a ver, qué idea tienes para la próxima cartula?

- Eso lo verás cuando esté hecho...

—I yo?...I yo?...

- ¡Ah!...Puedes terminar de escribir el título del artículo que exponiste hace un mes...
Una semana Aristótel. fué a buscarlos, muy temprano. a casa.

-126 occur?

- Nada, que ese convergencia de Herfís, como se ha apoderado de las llaves de la oficina, dejó la puerta cerrada y a él no se la encuentra por ninguna parte.

-de preciso lacrarlo. El número se puede retirar...

Ferdinand gran parte de la sesión en busca de Martín. Pero Martín no aparecía por ninguna

AUTORÍA

Santiván, Fernando, 1886-1973

FORMATO

Manuscrito

DATOS DE PUBLICACIÓN

Guillotina fatal [manuscrito] Fernando Santiván. 2 hojas ; 28 x 21,7 cm.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile